

plícito, soterrado o descubierto, desde ópticas y perspectivas muy diversas, con las notables contribuciones de Antonio Cornejo Polar en torno al fenómeno del indigenismo, pero también con las conceptualizaciones teóricas que derivó de su constante frecuentación del discurso indigenista. Tenemos así diversos trabajos que examinan las complejas articulaciones de lo indígena en el contexto colonial, como por ejemplo el estudio de Graziano que examina el mito de Inkarrí como expresión de un sincretismo, o el de Mazzotti, que rastrea en distintas expresiones del discurso criollo en el Perú colonial las matrices de tantas facetas de los indigenismos republicanos. Otros trabajos giran en torno a las relaciones entre indigenismo y nación en el contexto de nuestros Estados precariamente independientes. El estudio de Jesús Díaz, por ejemplo, aborda algunos aspectos de los heteróclitos discursos fundacionales de nuestras repúblicas, en diálogo implícito con las intuiciones de Cornejo sobre el peculiar espesor de nuestras literaturas de la emancipación. Varios trabajos, entre ellos los de Luis Rebaza y Juan Zevallos, exploran la obra de un autor que fue constante foco de interés para Cornejo Polar, José María Arguedas, al tiempo que Eugenio Chang-Rodríguez se ocupa de otra figura que gravitó decisivamente en su pensamiento, José Carlos Mariátegui. Finalmente, algunos otros estudios insertan al indigenismo en el contexto de los debates teóricos actuales, como el trabajo de Moraña, que discute las perspectivas del indigenismo en el marco de la globalización, o el de Raúl Bueno, que aborda la temática de la migración, a la que Cornejo dedicó sus últimas reflexiones: sus breves pero iluminadoras calas sobre el sujeto migrante nos permiten aquilatar la pérdida

que ha sufrido el pensamiento latinoamericano con su desaparición prematura en plena madurez productiva.

Carlos García-Bedoya M.

GONZALEZ VIGIL, Ricardo. *El cuento peruano, 1980-1989*. Selección, prólogo y notas. Lima, Ediciones Copé, 1998. 677 P.

La aparición del último volumen, que cierra una importante muestra del relato corto peruano desde 1919 hasta 1989, es una tarea meritoria del profesor y crítico González Vigil. Culmina así una ardua y fatigosa dedicación a la preparación de cada uno de los siete tomos que conforman esta serie.

Como en las entregas anteriores, viene precedido de un *Prólogo* que señala el contexto social y cultural en que se desarrolla la producción narrativa de estos años. Asimismo acompaña a cada texto seleccionado una nota crítico-bibliográfica. Dividido en dos secciones, *Etnoliteratura y tradición oral* y *Narrativa de ficción*, el material que se compila refleja la evolución de la narrativa en este tramo cercano al fin del milenio. Como sucede en todo proceso artístico, aquí aparecen autores de diversas generaciones, de un lado quienes abren o consolidan nuevas perspectivas (Espinoza Haro, Colchado, Jara Jiménez, Siu Kam Wen, Niño de Guzman, Valenzuela) y del otro los que tienen una obra reconocida y continúan en la brega como prueba de vitalidad creadora (Zavaleta, Gálvez Ronceros, Rivera Martínez, González Viaña, Ortega, Tord). Es necesario señalar que en esta década se produce una suerte de gran apuesta por

este género, estimulado por concursos, publicaciones, congresos, etc. que de esta manera afiatan la circulación de obras y autores; así como la atracción que ha suscitado entre cultivadores de otros géneros, como la poesía (Florián, Sánchez Lihón, Hinostroza). Lo mismo puede decirse de la presencia femenina (Sala, Dughi).

Cierra el volumen un utilísimo *Indice* de los autores antologados en los siete tomos.

Miguel Angel Rodríguez Rea

HOPKINS RODRIGUEZ, Eduardo. *Teoría y crítica literaria en preliminares de textos literarios coloniales peruanos. Siglos XVII y XVIII*. Tesis para optar el grado de Magister en Literatura Peruana y Latinoamericana. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Escuela de Post Grado, 1998. 192 h.

El estudio de la literatura colonial sigue siendo una tarea pendiente. Las obras de este periodo requieren de una permanente visita. Nada más reconfortante en este sentido que revisar la reciente investigación del profesor Hopkins Rodríguez presentada como tesis de magister en San Marcos. El profesor Hopkins es un reconocido estudioso de las letras coloniales, como lo prueban anteriores trabajos dedicados a examinar las obras de Caviedes, El Lunarejo, Peralta Barnuevo, Bermúdez de la Torre. De modo que este nuevo aporte es un terreno abonado desde hace larga data.

El examen que se hace es de los preliminares (Dedicatoria, Aprobación, Censu-

ra, Prólogo o Proemio) que todo libro colonial lleva consigo y "cuyo contenido tiene que ver con aspectos teóricos y críticos en torno de la obra que presentan" (h. 9).

Los preliminares que abarca esta investigación corresponden a importantes obras de poesía y prosa coloniales: *Primera Parte de la Miscelánea Austral* (1602) de Diego Dávalos y Figueroa; *Primera Parte del Parnaso Antártico de obras amatorias* (1608) y *Segunda Parte del Parnaso Antártico de Divinos Poemas* (1617) de Diego Mexía de Fernangil; *La Cristiada* (1611) de Diego Hojeda; *El Angélico* (1645) de Adriano Alecio; *Apologético a favor de D. Luis de Góngora* (1661) de Juan de Espinosa Medrano; *Vida de Santa Rosa* (1712) de Luis Antonio de Oviedo y Herrera, Conde de la Granja; y *Lima Fundada* (1732) de Pedro Peralta Barnuevo.

Lo relevante de esta investigación, es que describe el mecanismo de la aparición de las obras literarias, es decir, el cierto consenso, la justificación que el autor portaba en el texto mismo, en los preliminares, de su valor como obra literaria. El estudio de la relación entre quienes ofrecían este respaldo (crítica) y el autor, es una de las bondades de este trabajo.

En realidad, Hopkins abre una vía de acceso para reconstruir algo crucial en el estudio de esta literatura: el horizonte del lector en los siglos XVII y XVIII. Esta reconstrucción permite constatar una vez más que la obra literaria no era una simple imitación de las obras peninsulares. Porque la capacidad de disentir con las concepciones literarias y estéticas europeas no estuvo ausente, algo más, la literatura colonial consiguió tener una capacidad de